

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alfarrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

FILOSOFÍA DE LA CULTURA

DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE.
Presidente del Centro de Estudios Humanísticos de
la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Sumario: 1.—¿Qué es la cultura? 2.—Vida y Cultura. 3.—El mundo humano como mundo cultural. 4.—Jerarquía entre los secretos de la cultura. 5.—Sentido óntico final de la cultura.

1. ¿QUÉ ES LA CULTURA?

LA PALABRA CULTURA proviene del vocablo latino *collere*, que significa cultivar. Pero ¿qué es lo que se cultiva? Originariamente se hablaba de cultivo de las aptitudes humanas. Gracias a la facultad de autocultivarse y de ser cultivado por la educación, el hombre supera su estado natural de incultura. Trátase de una incultura de un ser corpóreo-espiritual que virtualmente es culto. En este sentido de perfeccionamiento de un espíritu encarnado perfeccionable, los romanos y los medievales hablaron de *humanitas* y *civilitas*. En el Renacimiento el concepto de cultura se extiende a los objetos reales e ideales que el hombre forja en virtud de su inteligencia y de su destreza. En este caso se trata de cultura objetiva, de bienes culturales.

Cultura se opone a natura. La naturaleza es tal como es desde su origen. La cultura se desarrolla a golpes de inteligencia y de voluntad. Abarca variados territorios y se desarrolla en los más diversos pueblos a lo largo de la historia. Pero siempre lleva la huella de lo específicamente humano: inteligencia, voluntad, sentimientos superiores.

La cultura como sistema de certidumbre y estabildades frente a la incertidumbre y la inestabilidad de mi vida, no es propiedad de nadie porque

no es un bien jurídico. Esencialmente transferible, la cultura no es excluyente, aunque sea susceptible de apropiación por todo aquel que se sienta habitado por ella, confirmándole en su vida personal. Conocimientos que flotan en nuestro ser y se deslizan sin dejar ningún sentimiento, no forman cultura. Otros por el contrario, penetran en nuestro interior, se ligan a nuestros recuerdos, conceptos, voliciones y pasiones, integrando nuestro yo psicológico. Hasta se podría decir que se hacen, en nosotros, carne y sangre, vida y espíritu. Los transformamos y nos transforman. No son simples conocimientos "nocionales", sino que son verdaderamente conocimientos "reales" —como diría Newman— porque los hemos asimilado. Con la ventaja de que se tornan, una vez asimilados, autónomos, personales. Desde entonces conocemos por nosotros mismos y no por medio de otros. Habrá una manera propia de comprender y de expresarse que corresponde a un determinado cuerpo y a un temperamento peculiar. Conoceremos las cosas conociéndonos a nosotros mismos, y no las comunicaremos al exterior sino comunicándonos a nosotros mismos. El hombre, al conocerse, se hace más hombre. Por hombre, reflexiona, se plantea problemas, descubre soluciones y conforta estas últimas con la roca viva de la realidad. No hay que olvidar que el término "cultura" tiene un origen agrario y significa cultivo. Pero el cultivo supone la simiente, la sementera, la plantación, la labor del sembrador. Sin este afán humano sobre la tierra en cuanto meta perseguida y adquisición lograda, nunca podrá entenderse la cultura personal.

La vida del hombre culto no puede ser conducida sin filosofía, esto es, sin conciencia de que en cada suceso, en cada acaecimiento, transparece el "sentido sobretemporal de que está empapado". La divisa del hombre culto podría ser aquella que formuló Eugenio D'Ors: La elevación de la anécdota a categoría. No se puede ser culto sin una por lo menos discreta base filosófica como elemento integrante y aun rector de lo que es, entre nosotros, la llamada "cultura general". No debe olvidarse que no hay formación auténtica que no repose en un decoroso conocimiento del hombre en cuanto hombre. En este sentido, no hay más cultura que la cultura humanista. Todo lo demás es barbarie. No suprimiremos ninguno de los datos y valores esenciales del hombre, porque una cultura desequilibrada o deficiente no merece el nombre de cultura. Daremos satisfacción a las legítimas exigencias del cuerpo, pero buscaremos para el espíritu luz, belleza y bien... La perfección humana frente a la vida toda y la universalidad de las cosas es abarcada por el concepto de cultura. Mientras el humanismo sólo apunta derechamente a la perfección del hombre, por hombre; la idea de la cultura engloba la perfección del hombre y sus circunstancias.

2. VIDA Y CULTURA

La cultura responde a un anhelo fundamental de la naturaleza humana, pero es obra del espíritu y de la libertad, agregando sus esfuerzos al de la naturaleza. Cultura es plenitud vital específicamente humana: actividades especulativas y actividades prácticas (éticas y artísticas) engranadas al tiempo y a sus vicisitudes. Trátase, consiguientemente, de algo especialmente humano, y, como tal, perecedero. Siempre me ha parecido magnífica aquella expresión de Herriot: "La cultura es lo que queda cuando todo lo demás se ha olvidado". Queda la capacidad, la aptitud. Gracias a la cultura, nuestras sensaciones, nuestras imágenes, nuestras intuiciones, nos pueden sobrevivir y, por consiguiente, es posible que adquieran un cierto modo de existencia que ya se encuentra fuera del yo.

La vida humana, desarrollándose según sus peculiares modos de ser y comprendiendo la producción y utilización de objetivaciones culturales, es también y de manera eminente, cultura. No hay que olvidar que en el dinamismo y fluencia de la vida se fraguan en el interior de un sujeto, el libro y la sinfonía, la catedral y la herramienta. Consciente o parcialmente inconsciente, el proceso de creación cultural —radicando en la capacidad objetivamente del hombre— va desde la primera incitación o germinación hasta que el objeto ingresa con vida independiente y propia en el mundo de la cultura. Si por una parte el hombre crea la cultura, por la otra, la cultura lo va configurando a él. Piénsese en lo que significa en la vida de cada cual, el lenguaje, la religión, el derecho, el arte, la técnica... Gracias a estas realidades realizamos íntimamente nuestra propia índole, acrecentamos y fortalecemos nuestra vida interior, cumplimos nuestro destino natural.

Tan importante resulta la cultura para la comprensión del hombre, que Ernest Cassirer ha llegado a decir que "la característica sobresaliente y distintiva del hombre no es una naturaleza metafísica o física sino su obra. Es esta obra, el sistema de las actividades humanas, lo que define y determina el círculo de humanidad. El lenguaje, el mito, la religión, el arte, la ciencia y la historia son otros tantos constituyentes, los diversos sectores de este círculo".¹ Sin desconocer la importancia de una consideración funcional del hombre y de una filosofía de las formas simbólicas, no creo que sea posible proporcionar una visión de la estructura fundamental de cada una de las actividades culturales humanas —como en vano lo pretende Cassirer— sin una previa metafísica del hombre.

¹ CASSIRER, Ernest, *Antropología Filosófica*. Pág. 105. Editorial Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires.

La cultura proviene —como lo ha apuntado Francisco Romero— de la capacidad objetivante. Si el hombre es un ser que capta y concibe un mundo objetivo, la cultura forma cuerpo con el hecho del ser humano. Distínguese entre cultura objetiva —toda creación del hombre: obra de arte, institución, teoría costumbre— y vida cultural —existencia del hombre entre los entes objetivos creados por él.

Tenemos la facultad de imponer nuestro propio cuño a la naturaleza, de incorporarle un sentido. Todo aquello que de alguna manera producimos o modificamos para introducir nuestro círculo humano, es objeto de cultura: parques nacionales, pisapapeles, edificios, leyes y reglamentos. En este sentido se ha podido decir que la tierra entera está culturizada, porque no hay un rincón en ella que escape a las relaciones jurídicas y de dominio. Sólo los astros no están afectados por la cultura. Cabe decir que son pura naturaleza.

El objeto cultural, sentido humano impreso en una cosa, se compone pasando “de algo significante a algo significado” (Romero). Base material, contenido o sentido y referencia a un valor —que no es parte efectiva de un objeto sino de una dirección o polarización con los ingredientes que integran el objeto cultural. El hombre humaniza lo no humano, transforma la realidad colonizándole. “Vida humana objetivada” llama Recaséns Siches a la cultura objetiva, porque supone la proyección al exterior de la interioridad del hombre. Nada de raro tiene que el hombre, al autoafirmarse, edifique un mundo, si pensamos que lleva un mundo dentro de sí, una interioridad poblada de instancias objetivas.

Primitivamente la palabra cultura significó un estado o una posesión de la persona individual (*cultura animi*). Posteriormente adquirió el sentido de la estructura objetiva supraindividual. En realidad, ambos aspectos de la cultura están íntimamente vinculados y se condicionan mutuamente. Conviene recordar que la palabra cultura arranca del cultivo de las plantas (agricultura), cuyo significado se extendió al cultivo anímico. El hecho es que nos encontramos viviendo en medio de un conjunto de productos con sentido, que existen ahora y para un grupo, para nosotros. Cada sector está constituido por bienes culturales que encarnan un valor peculiar. No se trata de un organismo sino de una organización de partes esencialmente distintas en una unidad más o menos diferenciada y estrecha.

3. EL MUNDO HUMANO COMO MUNDO CULTURAL

Una auténtica filosofía de la cultura intenta conocer el mundo de la cul-

tura no como un mero agregado de hechos inconexos y dispersos, sino como un todo orgánico, como un sistema. El hombre vive en una sociedad de pensamiento y sentimiento cuyos elementos y condiciones constitutivos son: el lenguaje, el mito, el arte, la religión y la ciencia. No puede el hombre vivir su vida sin expresarla. Y estas expresiones sobreviven a la existencia individual y efímera de sus forjadores. Entre estabilización y evolución se da una tensión constante. Hay una tendencia a las formas fijas y estables de la vida, como hay otra que propende a romper este esquema rígido. “La cultura, progresiva autoliberación del hombre.”² Pensamos que los objetos culturales lo mismo le ayudan al hombre a vivir como a destruir y a dar muerte. En todo caso, el futuro de la historia depende de la cultura, no de la fatalidad.

Un cosmos intelectual, que abarca un conjunto orgánico de valores expresados por la actividad humana, está ahora en nuestras manos. Si la cultura es fruto de la libertad espiritual, no podemos eludir nuestra responsabilidad histórica. Conciencia crítica, organicidad de conocimientos, afinamiento espiritual, todo ello es bueno procurar, a condición de no absolutizar los valores. Sin un fundamento trascendente de los valores, la cultura se viene abajo como falso ídolo. O el fundamento de los valores es Dios, o los valores cesan de ser tales. Los valores que expresa toda cultura nos remiten al fundamento de todo valor.

El mundo humano es un mundo cultural. Los entes culturales son expresivos, significantes, mediales. No son menos reales que los entes culturales. Tampoco cabría concebirlos como entes ficticios o convencionales. Hay diversos planos de realidad. El hombre habita en una realidad culturalizada, porque es, constitutivamente, un animal cultural. Toda la vida humana está inmersa en realidades culturales que nutren el pensamiento y la acción. Dentro de las realidades culturales nos encontramos con obras de arte, con normas, con relaciones, con vecciones de sentido, con vigencias, con valores, con acontecimientos y con relaciones.

Las palabras humanas tienen una función vehicular. Sirven para la comprensión del pensamiento y del espíritu del otro. Son realidades expresivas y mediales que nos llevan a contenidos de clases diversas que ellas mismas no aprisionan. El material de un libro y un emblema, de un lenguaje, de un código de signos y de un programa cibernético, no se identifica con las complejas virtualidades de estos entes. Desde el punto de vista estrictamente material, un libro en sólo papel y tinta. Y sin embargo, advertimos desde el primer momento que en esa realidad física se da una realidad transmate-

² CASSIRER, Ernest, *op. cit.*, pág. 313, Editorial Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires.

rial. Todo ese conjunto expresivo nos lleva hacia un sistema total. Al significante se adiciona la relación, a la relación se adiciona el sistema cultural, el sistema cultural desemboca en el significado. La obra artística es incanjeable, singular, irrepitable. Pero ese foco singular de expresividad se independiza de la intención de su autor —vida humana cristalizada— y logra una expresividad universal.

La normación impera lo mismo en las afinidades selectivas de las especies que en las afinidades químicas, en la prelación de fases en los procesos bio-psíquicos que en la asociación de las etapas históricas. Y es que lo que realmente es viable es porque intrínsecamente está normado. Y más allá de las realidades normativas que presiden y regulan las realizaciones culturales, están los valores y las creencias.

Mientras las ciencias, la filosofía, el arte, el lenguaje, la técnica, los productos industriales y artesanales, los gestos los ademanes, las expresiones y el ritmo vital son bienes temporales, la religión y la mística son bienes de eternidad. La cultura se puede manifestar en objetos y cosas, pero también en personas. Las relaciones amorosas y las costumbres morales son partes integrantes del mundo cultural, aunque no sean cosas. La filosofía es parte de la cultura, en un sentido, pero es también, en otro sentido, reflexión sobre la cultura.

El hombre hace cosas y realiza acciones. Sólo el ser humano es capaz de cultura porque sólo él es interioridad, libertad y productividad. Las obras humanas están siempre permeadas de valor. En cierto modo, el valor del hombre se transmite a la obra de cultura: libro, cuadro y sonata. El valor incorporado en la obra cultural es supraútil. La obra cultural no brota en la existencia por sí misma, como hongo que irrumpiese en medio de la nada. Surge como un acto del existente concreto y participa de la valiosidad en el mundo. Las obras culturales emergen en una persona concreta de carne y hueso, pero llevan el propósito de universalidad. Se habla de espíritu objetivo: útiles, signos, formas sociales, educación; y de espíritu objetivo: auto-intelección, autorecuerdo, autovolición. La pura inmersión telúrica no es cultura. Después de distanciarse de la naturaleza, el hombre culturaliza la misma naturaleza. El peligro del "culturalismo" estriba en hacer de la cultura un vano fetiche.

La unidad del espíritu humano funda la unidad orgánica de la cultura. Un sistema de valores, referencias y estimaciones a las diversas culturas nacionales. Pero estas distinciones axiológicas no impiden hablar de la unidad de la cultura. La cultura que tiene que ser juzgada con espíritu crítico y está siempre al servicio del hombre. Tenemos que estar por encima de nuestras

obras. Pero nuestras obras —filosóficas, literarias, artísticas, científicas— nos deben conducir a alcanzar la unidad de la cultura y la formación cultural universal.

4. JERARQUÍA ENTRE LOS SECTORES DE LA CULTURA

Nuestro concepto actual de la cultura se ve enriquecido por todas las visiones que de la propia cultura han tenido las diversas épocas históricas y los diversos pueblos. No queremos renunciar a ningún concepto enriquecedor —aunque sea parcial— que no choque contra la verdadera idea de la cultura. En este sentido, no son antitéticas sino complementarias las concepciones de los griegos, de los medioevales y de los modernos. Para los griegos la cultura era, primordialmente, "la búsqueda y la realización que el hombre hace de sí, o sea de la verdadera naturaleza humana". La cultura griega estaba en estrecha relación con la filosofía y con la vida social. La *Paideia* y la *Humanitas* preceptuaban la educación del hombre como tal. La cosmovisión medioeval centróbase en la preparación del hombre para sus deberes religiosos y para su vida ultramundana. El renacimiento piensa que la cultura enseña a vivir bien y que la sabiduría tiene un carácter activo. De esta concepción empezó a derivarse el sistema de proyectos de vida colectiva. Francis Bacon hablaba de la cultura como de la "geórgica del alma". Ahora se toma más en cuenta el producto que el producir. Y el producto de esta formación —así lo piensa el siglo XVIII— es la civilización. Kant define: "La producción en un ser racional, de la capacidad de escoger los propios fines en general (y por lo tanto de ser libre) es la cultura. Por lo tanto, solamente la cultura puede ser el último fin que la naturaleza ha tenido razón de poner al género humano".³ Oswald Spengler apuntará que la civilización es el testigo inevitable de una cultura. Trátase de un conjunto de modos de vida de un grupo humano determinado, sin referencia a los valores. Se comprenderá el grave peligro que representa un modo de vivir —salvaje o civilizado— el margen de los supremos valores: verdad, bondad, belleza, santidad. La cultura —ni infrahumana ni sobrehumana— siempre ha sido, es y será unas ideas y unos valores que deben encarnar los hombres y que pueden plasmar en la naturaleza. En todas las direcciones de la vida se da una superación de la naturaleza por un esfuerzo humano a ella conducente: por eso hablamos de cultura científica (conocimiento de los entes materiales y mentales, cada vez más extenso y comprobado); cultura técnica (empleo diestro de las cosas en el dominio de la industria y de la agricultura); de la

³ KANT, Manuel, *Crítica del Juicio*. Pág. 83. Editorial Losada.

cultura moral y jurídica (valoración cada vez más refinada y acertada de lo conocido y actuado); de la cultura filosófica (reflexión fundamental sobre los últimos y más significativos problemas de la vida humana y del universo); de la cultura religiosa (culminación de la persona humana y de su vida temporal).

Las actitudes del hombre ante el universo, sus rasgos de ser y de obrar integran la forma nuclear de los estilos culturales de vida. "En una cultura viva —afirma Erich Rothacker— existe el influjo recíproco de las siguientes fuerzas: a) la fuerza sugestiva del estilo; b) la fuerza sugestiva que brota de los correlativos de este estilo; pues, todo cuanto ha sido informado por un estilo o se hizo perceptible desde una determinada actitud tiene el poder de hacer retornar el entendimiento a la perspectiva desde donde el contenido correlativo se hizo visible; c) el contenido correlativo comprende además de su componente estilístico otro componente objetivo, la perspectiva tiene algo de objetivo, ha revelado una nueva extensión de la realidad."⁴

Las culturas son estilos de vida que responden a determinadas cosmovisiones.

Es preciso establecer el equilibrio entre los valores espirituales y los valores materiales, con su natural jerarquía. Importa la armonía de las funciones culturales. "Una cultura —como advierte J. Huizinga— puede llamarse alta aunque no produzca técnica ni plástica; pero no si carece de misericordia."⁵

La cultura puede entenderse en devenir, como acción, y en acto, como efecto. La actividad espiritual que le produce está radicada en el hombre y no es nada diversa a él mientras no quede objetivada. La obra —material y espiritual, perfeccionada o transformada por el ser humano— adquiere cierta independencia de su autor si la cultura brota del espíritu humano —inteligencia, voluntad, emotividad superior. La causa eficiente de la cultura reside totalmente en el espíritu encarnado. En cuanto acrecienta o perfecciona al hombre o a las cosas exteriores, la cultura crea algo nuevo. En rigor, habría que hablar de cuasicreación. El bien que el espíritu humano se propone alcanzar mediante la cultura puede ser el bien espiritual que corresponde al propio hombre como hombre, o el bien de aspectos inferiores materiales del ser humano y de las cosas exteriores. La cultura no es realizable

⁴ ROTHACKER, Erich, *Problemas de la Antropología Cultural*. Pág. 139, Editorial Fondo de Cultura Económica.

⁵ HUIZINGA, J., *Entre las Sombras del Mañana*, diagnóstico de la Enfermedad Cultural de Nuestro Tiempo. 2da. Edición, pág. 36, Revista de Occidente, Madrid.

ni comprensible sino por un espíritu. Entre los diferentes sectores de la cultura se da una jerarquía: la actividad técnica se subordina a la actividad artística, la actividad artística a la actividad moral, la actividad práctica-moral busca el último perfeccionamiento humano. La cultura moral, autónoma por su fin, sirve a la cultura de la vida contemplativa. Belleza, Bien y Verdad son las tres metas definitivas, los tres trascendentales del ser que realiza el hombre como animal cultural. Cabe decir que el hombre como animal cultural se ubica entre el yo empírico —tal cual es— y el yo ideal —tal cual debe llegar a ser— por la posesión plenaria y permanente del bien infinito. Como ser itinerante, el hombre realiza su actividad cultural que es vida contemplativa. Belleza, Bien y Verdad son las tres metas definitivas, los tres trascendentales del ser que realiza el hombre como animal cultural. Cabe decir que el hombre como animal cultural se ubica entre el yo empírico —tal cual es— y el yo ideal —tal cual debe llegar a ser— por la posesión plenaria y permanente del bien infinito. Como ser itinerante, el hombre realiza su actividad cultural que es vida transitoria. Pero esta vida cultural transitoria es medio que prepara y dirige al hombre y su último fin, más allá del tiempo, en la vida inmortal. La verdad, la unidad, la bondad y la belleza poseen caracteres trascendentales transitorios que no afectan a su esencia inmutable. Los caracteres históricos cambiantes, dependientes de situaciones y circunstancias, no alteran el núcleo de la esencia inmutable. La cultura, pues, tiene una esencia *permanente* y una *encarnación concreta* cambiante, a través de la historia —época y lugar— y de sus actores.

5. SENTIDO ÓNTICO FINAL DE LA CULTURA

"Como la *Verdad, Bondad y Belleza* —y también la *utilidad* de los medios que la encarnan—, la cultura es inagotable en su *esencia*. En efecto —advierte Octavio N. Derisi—, la verdad, bondad y belleza identificadas con el ser son, en última instancia, la *Verdad, Bondad y Belleza del Ser* de Dios y, como tales, infinitas. De aquí que ninguna encarnación humana de las mismas, ninguna expresión *cultural* —esencialmente finita— pueda agotarlos; ya que, aun buscando la consecución de una determinada *Verdad, Bondad y Belleza*, lo que el hombre realmente busca en sus realizaciones culturales, muchas veces aún sin saberlo, es aquella *Verdad, Bondad y Belleza* infinitas a través de sus participantes en que se refleja."⁶

Sabiéndolo o sin saberlo, los hombres buscamos el Bien infinito en las for-

⁶ N. DERISI, Octavio, *Filosofía de la Cultura y de los Valores*. Pág. 124, Editores Emecé, Buenos Aires.

mas limitadas de la cultura. Hay en toda cultura humana, una nota de inagotabilidad que nos lleva siempre más allá de las realizaciones limitadas. Y hay, también, una nota de multiplicidad, de diversidad de los modos de formulación de la cultura que nos mueve a buscar una suprema unidad bella, buena y verdadera. No podría más comprender verdades, bondades y bellezas relativas si no hubiese una Verdad, una Bondad y una Belleza absolutas que en Dios son uno y el mismo Ser.

¿POR QUÉ SE COMUNICA EL SER HUMANO?

—Apuntes para una Filosofía de la Comunicación—

FERNANDO R. CASASÚS
Universidad de Monterrey.

I. INTRODUCCIÓN

LA CELEBRACIÓN de un Encuentro Mundial de la Comunicación, efectuado en nuestro país en octubre de 1974, no hace más que poner de relieve la importancia de una cuestión fundamental en todos los tiempos, la trascendencia de una función vital que en el mundo moderno ha llegado en muchos casos a convertirse en un verdadero problema: la comunicación humana.

La comunicación es algo básico en la vida del hombre. Es una necesidad. "El hombre está destinado a la comunicación y sólo a través de ella se realiza y se posee en forma auténtica."¹ Existen más de 3,000 idiomas, dialectos... y ha habido más de 400 intentos por crear un lenguaje fonético universal —entre los cuales el más difundido es el Esperanto— con todas las limitaciones que tal clase de idiomas implica. Desde tiempos de Leibnitz (1679) se viene considerando la posibilidad y la utilidad de un lenguaje gráfico universal, y éste ya existe hoy en día, la *Semantografía* o los "Blissímbolos", creados por Charles K. Bliss.² El hombre trata de descubrir y de aprender el "lenguaje" de las abejas y de los delfines, e incluso se ha iniciado ya la creación de un lenguaje a base de señales para posibles comunicaciones con seres de otros planetas, de otros sistemas o de otras galaxias.³ No

¹ BASAVE, Dr. Agustín, *Filosofía del hombre*, Espasa-Calpe Mexicana, México 1963, pág. 53.

² Cfr. "Semantography. A logical writing for an illogical world". C. K. Bliss, Semantography Publications, Sydney, Australia, 1966.

³ Cfr. *El Lincos, un lenguaje para comunicarnos con otros mundos*, Huw Griffith.